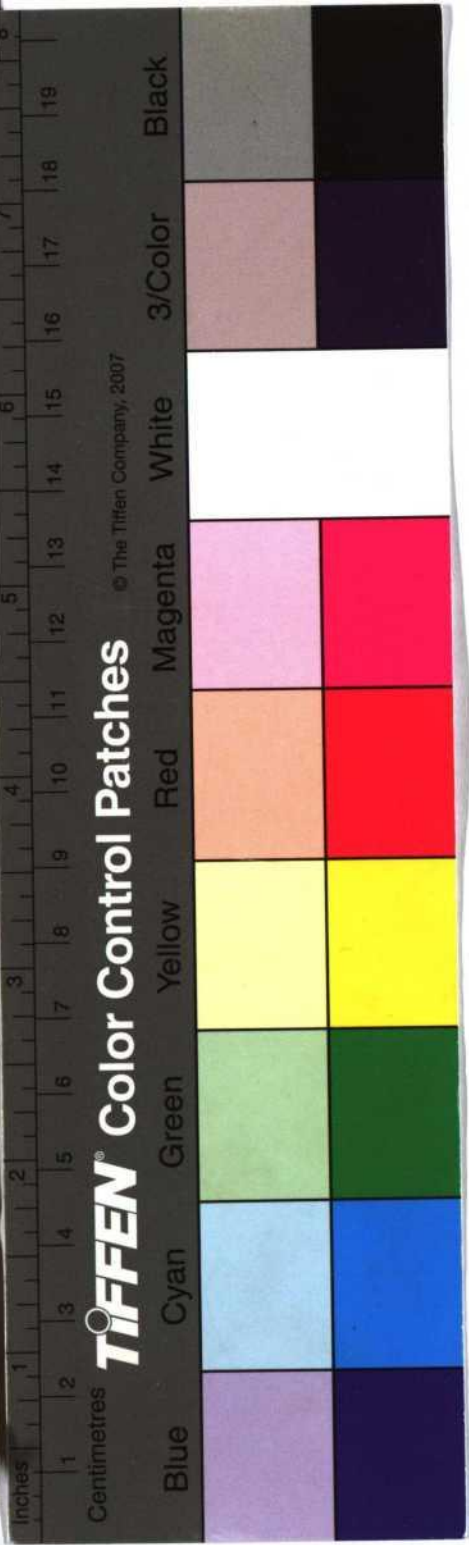


DON JUAN DE CONTRERAS.
MARQUES DE LOZOYA

SONETOS
ESPIRITVALES.



EXCLUSIVAS DE VENTA DE
EDITORIAL VOLUNTAD S. A.
MADRID



BOUQUIN DE COMPTES
MARQUE DE LOYER

BOUQUIN
ESPIRITUEL



REVUE DE LA VIE
LITTÉRAIRE VOLVÉAD & A.
PARIS

A quien su
en Figueroa, con
su admiracion y
el afecto de
hoy

SONETOS ESPIRITUALES

Madrid, 14-III-66

CM15865
t.9/112

Sonetos Espirituales

Compuestos en la ciudad de Segovia

por

DON JUAN DE CONTRERAS

MARQUÉS DE LOZOYA

S

TALLERES VOLUNTAD

Serrano, 48. Madrid



R. 25708

*Del autor a la memoria del
conde de Cheste, su padrino.*

Yo conocí a un anciano, tan anciano,
que en los profundos surcos de su frente
vislumbrábase un siglo, y en la ingente
barba, y en el cabello undoso y cano.

Yo he besado una flaca y larga mano
siempre leal, que peleó valiente,
y que volvió, muy suave y doctamente,
rimas del Dante en verso castellano.

Alguna tarde que en mi alegre huerto
buscaba sol para su cuerpo yerto,
le dió mi brazo reverente auxilio.

Era yo un niño, y por la vez primera,
llegóme al alma, de su boca austera,
la plácida cadencia de Virgilio.



I

No creáis que mi tierra de Castilla,
por árida y por yerta, no da flores;
no penséis que tan sólo de rencores
prendió en su recia entraña la semilla;

el Hidalgo inmortal de Argamasilla
es gala y prez de firmes amadores;
Rodrigo de Vivar, en sus amores,
su generosa condición humilla.

Por la desdicha de un amor, parece
la dulce Melibea, y enloquece
por un amor, la reina Doña Juana;

Y, encastillada en su ciudad roquera,
Teresa de Jesús, como una hoguera,
alumbra la llanura castellana.



II

¡Ay corazón! ¡Ay corazón! Mendigo
que en vano has de tocar todas las puertas...
¡Ay, desterrado, que a buscar no aciertas
la patria amada ni el seguro abrigo!

¡Errante peregrino! ¡Con qué hostigo
buscas las sendas de la dicha, inciertas?
¡Ay, cuánta carga de esperanzas muertas,
de hastío y de dolor, llevas contigo!



¡Pobre aguilucho de las alas rotas!
¿Quién te dará un lugar donde esconderte
para curar tus llagas, en sosiego?

¿Quién te verá subir hasta perderte
en las regiones límpidas, ignotas?
¡Ay corazón, desamparado y ciego!



III

¡Clara noche estival! El firmamento
tan cerca brilla, que sus gemas de oro
parecen enredarse en el sonoro
follaje del pobar, que mueve el viento.

Llena los campos, compasado y lento,
de las cigarras el solemne coro...
¡Señor y Padre mío! ¡Oh cuánto añoro
la Eternidad, que tan cercana siento!

¡Noche serena, rutilante, santa!,
cuando todo en mi torno brilla o canta,
¿por qué yo he de callar, confuso y triste?

Bajo mi pecho, que de amor suspira,
hoy vibra el corazón como una lira...
¡Púlsale Tú, Señor, ya que lo hiciste!...



IV

De un gran caudal eres señor, hermano,
del cual hubiste la encantada llave;
no es, como el oro, desabrido y grave,
sino siempre dulcísimo y liviano.

Nunca podrás gastarlo, porque en vano
lo habrás de prodigar, sin que se acabe.
¡Bendito aquel que derramarlo sabe
para consuelo de dolor humano!

Esparce luego, sin temor ni coto,
para que más se aumente cada día,
ese tesoro, de virtud secreta.

—Pues rico soy, y pobre me creía,
¿cuál es, hermano, mi caudal ignoto?

—Tu corazón de mozo y de poeta.



V

Fabio: es muy triste condición humana
el apegarse al mundo y a las cosas,
pasadas las jornadas generosas,
muerto el amor, la juventud lejana.

Es así el moribundo, que se afana
en alargar sus horas dolorosas,
por ver, una vez más, las nuevas rosas,
por saludar al sol de la mañana.

Pajarillo del ánima, cautivo;
¿amas tanto a tus cárceles, que, abiertas,
ya no quieres trocarlas por un cielo?

¿Por qué, olvidando tu soñar altivo,
cuando tienes, al fin, rotas las puertas
te me acongojas de emprender el vuelo?



VI

Amor, como una lámpara votiva,
humildemente en mis santuarios arde;
como el primer lucero de la tarde
brilla tranquilo, en soledad altiva.

Es como un niño, y en la cuna viva
del corazón, requiere que le guarde.
En ella, por zahareño y por cobarde,
huye de las miradas, y se esquivo.

Aunque peno por él, en él me gozo
al contemplarlo, hermoso y escondido
como un diamante singular y claro.

Yo, que lo recogí, nunca he sabido
de si lo oculto por pudor de mozo,
o por codicia sórdida de avaro.



VII

La estancia, toda blanca, estaba llena
del apacible encanto matinal;
en un claro jarrillo de cristal
florecía una vara de azucena.

Cesó la niña en su oración serena,
y se turbó su rostro virginal
cuando una voz alada, en el umbral,
Ave María, dijo, gratia plena.

El celestial heraldo tendió el vuelo,
y quedó palpitando en el ambiente
la dulce invocación ¡*Ave María!*

Todo fué así: sencilla y suavemente;
y se enlazó la tierra con el cielo,
y el nuevo siglo comenzó aquel día.



VIII

*Sino, coração da aldeia;
coração, sino da gente...*

(Cantar português.)

¡Bronce de catedral, amplio y sonoro,
que, lentamente, tu clamor desgranas,
en la penumbra azul de las mañanas,
y en el sosiego de las tardes de oro!

¡Alegre voz que, convocando a coro,
en la espadaña conventual te afanas!
¡Canción de la ciudad! ¡Claras campanas!
¡Oh cuánto en mis ausencias os añoro!

Esquila viva que mi pecho bate ;
mi corazón, que os ama como hermano,
se place en recordar vuestro concierto ;

y, adivinando vuestro son lejano,
alegremente con vosotras late,
y a muerto dobla, si dobláis a muerto.



IX

Amor que en el silencio sufre y vela,
es de muy alto precio y hermosura;
es la gracia de amor más noble y pura
si en soledad y en sombra se recela.

¡Dichoso aquel que, por humilde, anhela
hundir sus penas en la noche oscura!
¡Cuando el ánimo esconde su amargura,
Dios mismo en su regazo la consuela!

¡Vidas llenas de amor y doloridas
que relumbráis entre las otras vidas
como gemas dispersas en el lodo!

¡Vuestra huella en la sombra resplandece
por el dolor, que todo lo ennoblece;
por el amor, que lo embellece todo!



X

*... sed timor et minae
scandunt eodem quo dominus: neque
decedit aerata trirremi, et
post equitem sedet atra cura.*

(Horat. Od. Lib. III, od. I.)

Al emprender la ruta del destino,
un secreto pesar se entró en mi nave;
es tan mañero y tan sutil, que sabe
quebrar mi lira y amargar mi vino.

Nunca le pude ver, mas de continuo
siento en el corazón su huella grave,
y oigo a veces latir sus alas de ave
cuya sombra oscurece mi camino.

¡Compañero de viaje, tan osado!
Pues nunca te apartaste de mi lado,
como a un amigo fiel, llegué a quererte;

y espero el día, con temor y pena,
en que vendrá a romper nuestra cadena
la poderosa mano de la Muerte.



XI

*Laudato sí, mi signore per sor
aqua, la quale e multo utile et
humile, et pretiosa, et casta.*

SAN FRANCISCO
(Cántico del Sole.)

Agua: casta y alegre creatura,
hermana del de Asís; agua serena
de los quietos remansos; agua buena
que en los arroyos límpidos murmura.

Agua salobre, que en la gran llanura
del mar, reza la eterna cantilena;
agua ciega, dormida, la que llena
del frío aljibe la oquedad oscura.

El agua es voz que llama suavemente;
la plácida canción de la corriente
sosiega el alma, y a soñar convida.

¡Voz de la fuente que en mi huerto mana!
¡Háblame quedo, con piedad de hermana,
hasta adormir la pena de mi vida!



XII

Oid, madre abadesa, cómo canta
el ruiseñor que en los rosales posa.
¡Bendito sea Aquel que tan hermosa
voz, le quiso poner en la garganta.

¡Oh, quien supiera esa canción que encanta
y, toda pequeñuela y temblorosa,
pudiérala decir, cabe una rosa,
en el misterio de la noche santa!

Se esfuma entre las sombras la arboleda,
calla la fuente, y en el huerto queda
sólo esa voz, que canta sus amores.

Cuando la noche eterna cubra todo
ha de seguir cantando de este modo
la voz de los constantes amadores.



XIII

Soñé que con Virgilio recorría
los ignotos abismos, como Dante,
y que, al pie de un camino serpeante,
hallaba una inscripción, que así decía:

Atrevido mortal: aquesta vía
lleva a la patria del dolor constante,
y conduce también a la triunfante
morada de la mística alegría.

—Maestro, pregunté: ¿Qué senda es ésta que al Orco lleva y al Edén? Dudosa la mente queda, ante el profundo arcano.

Y, con voz apagada y despaciosa, moduló el claro vate, por respuesta: "Es el camino del amor, hermano."



XIV

¿Quién recuerda el aroma de las flores
abiertas en lejanas primaveras?
¿Quién, aquel resplandor de las hogueras
que hicieron, otro invierno, los pastores?

Pasa la vida así, con sus dolores;
así la gloria, que afanoso esperas.
Poeta, ¿quién sabrá de tus quimeras?
Amante, ¿qué ha de ser de tus amores?

Una noche serena así decía,
mirando de los cielos la grandeza,
cuando una voz me susurró al oído:

“Ama con puro amor, trabaja y reza;
duérmete luego en paz y en Mí confía:
¡Cuanto se hace por Mí, nunca es perdido!”



XV

*¡Oh montes! ¡Oh fuentes! ¡Oh ríos!
¡Oh secreto seguro deleytosos!
Roto casi el navío,
A vuestro almo reposo
huyo, de aqueste mar tempestuoso.*

Fr. Luis de León.

Has vertido, Fray Luis, viejo Falerno,
en un vaso de pórvido pagano
mediado de un vinillo castellano
claro y templado como el sol de invierno.

Ornaste el rico cuenco, con un tierno
pámpano que, en Galaad, buscó tu mano.
¡Divino néctar, con sabor humano
que me embriagó en anhelos de lo eterno.

Y en sueños, figuró mi fantasía
agua que por un huerto discurría,
tardes de tempestad, noches serenas.

Dulces silbos de amor del Pastor Santo...
y, embebecido con tu suave encanto,
los mis cuidados olvidé, y mis penas.



XVI

El sabio orfebre, despaciosamente
fué cincelando el cáliz de su vida.
En el metal de su alma dolorida
labró hondas huellas el cincel ardiente.

Como una perla de precioso oriente
engarzó cada lágrima vertida ;
'de cada pena la sangrienta herida
brilló como un rubí resplandeciente.

A contemplar su joya, noble y bella,
el orfebre tal vez se complacía,
pensando en sus trabajos sobrehumanos;

Amor, que iba de paso, la vió un día;
como muchacho que es, prendóse de ella,
y la quebró, jugando, entre las manos.



XVII

Hermano mío, ¿lo recuerdas?, era
cerca del mar. La noche descendía
y, oteando la vaga lejanía,
fingíamos paisajes de quimera.

Hablábamos despacio; en la escollera
con manso ritmo el agua se rompía,
y el campo de los cielos encendía
las flores de su eterna primavera.

Sobre la enhiesta roca, sin testigo,
hablamos largamente del anhelo
de eternidad, que en nuestras almas arde.

A solas con el mar y con el cielo,
yo sentí que Jesús, el Buen Amigo,
estaba con los dos aquella tarde.



XVIII

He de cantar la generosa mano
por la que el oro, pródigo, fluía
como en roto venero; bella y pía
mano de gran señor y de cristiano.

Un anillo ostentaba, gaje vano
de un muerto amor, que floreció en su día;
y las caladas guardas oprimía
de una espada de temple toledano.

Su dueño fué español y caballero;
en servicio del Rey, dió placentero
su sangre, su quietud y su tesoro;

y, derrotado en cortesana intriga,
sin tener ya que dar, dió a una mendiga
la limpia espada y el anillo de oro.



XIX

Como palomas, en tropel alado,
las horas pasan, y se va con ellas
la dulce mocedad. ¿Qué fué de aquellas
sus ansias de hacer cierto lo soñado?

¿En qué copioso fruto hanse cuajado
del joven corazón las flores bellas?
Nuestra espada, ganosa de epopeyas,
¿qué vasto y noble Imperio ha conquistado?

¿Qué fué de nuestro impulso generoso?
Guarda sólo el Señor en su memoria
este poema, que jamás se ha abierto.

¡Tal vez, en el enigma de su gloria,
alcance un cumplimiento esplendoroso
aquel anhelo, sin lograrse muerto!



XX

Tiene siempre el dolor algo divino,
el dolor no te arredre, caminante,
y un día hará brotar lauro triunfante
de tu seco bordón de peregrino.

Es noble y es glorioso tu destino;
¡sigue adelante, siempre ^{nacido} adelante,
aunque dejes tu sangre goteante
esmaltar los zarzales del camino!

Para Cristo Jesús, corona hicieron
de espinas, y sus hombros sostuvieron
un andrajo de púrpura por manto.

Desde aquella jornada dolorosa
fuera la lucha, aun sin el triunfo, hermosa ;
fuera el dolor, aun sin la gloria, santo.



XXI

He de luchar, después de la derrota,
con todo el brío de la vez primera;
en tanto haya un airón en mi cimera,
en tanto haya en mis venas una gota.

Como el constante vendaval, que azota
con vana furia mi ciudad roquera;
como el agua marina persevera
contra el mismo cantil, cien veces rota.

El cáliz beberé de mis destinos,
y al final de mis áridos caminos
me rendiré al dolor y a la fatiga.

Tal vez entre las sombras de la muerte,
¡oh mi Señor Jesús!, alcance a verte
los ojos mansos y la faz amiga.



XXII

Yo he sentido, Señor, tu voz amante,
en el misterio de las noches bellas,
y en el suave temblor de las estrellas
la armonía gocé de tu semblante.

No me llegó tu acento amenazante
entre el fragor de truenos y centellas;
¡al ánima llamaron tus querellas
como el tenue vagido de un infante!

¿Por qué no obedecí cuando le oía?
¿Quién me hizo abandonar tu franca vía
y hundirme en las tinieblas del vacío?

Haz, mi dulce Señor, que en la serena
noche, vuelva a escuchar tu cantilena;
¡ya no seré cobarde, Padre mío!



XXIII

¡Piedad, Señor, piedad: que tus lumbreras
aviven mi esperanza, que se apaga!
Busco yo en Ti, para curar mi llaga,
fuentes de amor, palabras verdaderas.

Humilla mis miradas altaneras,
la eternidad, aterradora y vaga.
Gloria, deseo, amor... ¡Todo naufraga
en ese mar sin fondo y sin riberas!

Va muriendo el rescoldo de la tarde
y, al extinguirse su reflejo incierto,
la noche ha de venir, honda y sombría:

¡Condúceme al seguro de algún puerto
donde el roto navío se resguarde
para esperar la luz del nuevo día!



XXIV

¿Quién me dará, Señor, llegar a hablarte
en la dulce penumbra, sin testigo,
como el amigo fiel con el amigo,
alegremente y sin temor departe?

Y sólo por Ti te ame, y llegue a amarte
olvidado de premio y de castigo;
y embebecido con estar contigo,
del todo me perdiera, para hallarte.

¡Oh con cuánta verdad veré ese día
la nada de las cosas, y cuán graves
aquellos lazos que me impiden verte!

¡Háblame ya, Señor, como Tú sabes,
y sufriré el dolor con alegría
y llegaré sin miedo hasta la muerte!





ОТРАВА

Precio: 1,50 ptas.